

Hace unos cuantos días tuve que revisar las carpetas donde guardo papeles. Tienen un mínimo orden: las hay donde guardo dibujo de los niños cuando eran pequeños, las hay de papeles oficiales como contratos de alquiler cuando aún no tenía casa, las hay llenas de números y tablas de cuando estuve trabajando en una tesis (que no vio la luz y que espero terminar algún día no lejano), y las hay también de papeles escritos por mí como diarios de viajes y otros cuadernos. No suelo mirar ese tipo de cosas. De hecho, el cierto desorden que tienen es porque no me paro a ojearlos. Ni siquiera las fotos me llaman la atención. No es que uno reniegue de su pasado, para nada. He sido muy afortunado y así me siento ahora -parece raro decir esto con los tiempos que corren-. Es que el presente acapara toda mi atención y poco o nada deja para el pasado o el futuro.

El caso es que en uno de esos cuadernos de la última carpeta, al abrirlo al azar encontré: “Punto de no retorno. Podría ser un título bonito para un libro”. La reflexión estaba escrita mucho antes de que se me pasara por la cabeza publicar poemas. Me llamó la atención porque es un título de frontera, y la frontera siempre me ha fascinado. Hablo de frontera genéricamente sin referirme a nada en concreto. “Punto de no retorno” podría ser el paso de más dado en la frontera del misterio, el paso de más en esa frontera que es uno mismo, su piel, es decir, el encuentro con el otro; el paso de más que te introduce en los mil como el tiempo (punto de no retorno por excelencia), la estacionalidad, la provisionalidad. Los sentidos son también una frontera, como lo es el entendimiento, y no lo digo sólo por nuestra limitada memoria o capacidad de procesar la información, sino por esas estructuras mentales que nos hacen creer lo que en el fondo queremos creer. Esa programación que tenemos y que nos limita. Uno no sabe si tiene la capacidad de superar esas estructuras tan estables que tenemos en nuestra cabeza. En esto no puedo olvidar el pasaje de Nicodemo. Jesús le dice que “puede nacer de nuevo” que no se puede volver a nacer volviendo al vientre materno, pero sí en el espíritu. Bueno, ya hablaremos en otro momento de este interesante pasaje. En fin, que estamos rodeados de “Puntos de no retorno”. Incluso me ha hecho pensar en esta tierra, en Jaén, frontera durante siglos.

Jesús (esta vez mi hijo), que tiene interés en que llegue a los cien poemas publicados, me pregunta casi semanalmente si escribo. Creo que un día debí decirle que con cien poemas me daba por satisfecho, que no pensaba hacerle sombra a Machado ni a ningún otro y ahí anda, recordándome lo de los cien poemas siempre que tiene oportunidad. El martes pasado le pregunté si “Punto de no retorno” sería un título adecuado para el próximo. Él es un entusiasta de los títulos que le pongo a mis libros (porque de otra cosa no puede ser, no los ha leído, bueno, oírlos sí me los ha oído recitar). El caso es que le sonó bien.

- Vale, me gusta
- Bueno, ya tenemos título, ahora hacen falta los poemas
- Algo es algo

Es la primera vez que va antes el título que el contenido, pero en eso, como casi en todo, no hay norma. También se me había pasado por la cabeza “A la sombra del faro” por la devoción que siento por esos artilugios y por los fareros, gentes que imagino nocturnos y solitarios en su labor, como los astrónomos. Hubiera sido una forma de meterme en la piel de uno de ellos ya que no podré ser farero nunca. Ese es también un punto de no retorno, las decisiones que tomamos en un momento y que nos hicieron abandonar otros caminos. Ahora entre farero y profesor, seguiría eligiendo este último.

Poemas de SotaVento tenía treinta poemas y Poemas Conversos treinta y tres. Los próximos treinta y siete constituirán “Punto de no retorno”. Así lo quiere Jesús y así lo intentaré hacer. Sé que no soy un buen poeta, pero me divierte escribir, y a veces es hasta una necesidad.

A. G^a Santiago